



FRAGMENTOS DE UN BIPOLAR

Carmen Falcón

FRAGMENTOS DE UN BIPOLAR



Primera edición: febrero 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carmen Falcón

ISBN: 979-13-87612-42-9

ISBN digital: 979-13-87612-43-6

Depósito legal: M-2628-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi hija, sin ella no lo habría conseguido.

*A los que transitan, como yo,
por los caminos de la enfermedad mental.*

Agradecimientos

A todos aquellos que me quisieron en uno u otro momento, porque fueron un bálsamo y también a los que no me quisieron, porque de ellos aprendí que yo tampoco me quería.

Así lo viví yo.

(Se han cambiado la mayoría de los nombres para preservar en lo posible la intimidad de las personas que pasaron por esta etapa de mi vida).

ÍNDICE

Agradecimientos.....	9
I Mis ancestros y yo	17
II ¿El principio de la locura?	35
III Los psiquiátricos y las terapias	59
IV La salida	127
Epílogo	147

Enero de 1986

Deambulo por el pasillo de la planta de psiquiatría del Hospital Militar Gómez Ulla, la cabeza espesa, asustada y triste. El Dr. De Miguel pasa a mi lado y me adelanta, y un poco más allá sale por la puerta que da a los ascensores y se la deja abierta. Me acerco despacio, tratando de aparentar una normalidad que no siento, y salgo. Bajo por las escaleras desde la quinta a la planta baja que da a la calle y emprendo el camino que lleva a casa andando, en zapatillas, sin abrigo. Tengo frío, la hierba está mojada y estoy lejos, pero sigo caminando con determinación. Llego por fin.

No tengo llave.

Me encuentran y me llevan de nuevo al hospital.

Está anocheciendo, comparto habitación con otra chica. Estoy sentada en la litera de arriba, las piernas colgando de la cama y lloro silenciosa. El Dr. Jaén entra en la habitación, me mira y exclama malhumorado: «¡Si lloras no te daré el alta!». Me como de inmediato las lágrimas.

Luego, la cena y después las pastillas y una inyección que me lleva de golpe a un espacio negro y sin sueños.

Por la mañana vuelvo a deambular otra vez por el pasillo y por la sala grande que tiene tres puertas; me siento, apoyo la cabeza en el cristal de la ventana. Trato de encontrar el modo en que llegué a este lugar, el recorrido exacto que hice, y entro y salgo por esas puertas, y recorro una y otra vez el pasillo, como en un ritual agotador e interminable. Tengo la certeza de que si averiguase cómo entré y siguiera al pie de la letra el camino contrario, podría de verdad volver a casa.

Pero no lo consigo. No hay retorno.

I Mis ancestros y yo

La madre de mi padre, Clara, nació en Mayalde, un pueblo pequeño de la comarca de Sayago, en Zamora. Mi padre decía, de mal talante, que yo era igual que ella y se refería a su genio vivo, a que era cabezota y a cosas peores. Las pocas veces que él hablaba de su madre era para condenarla y lo mismo hacía con el pueblo donde él nació, Peñausende de Sayago, al que juró no volver.

Me dijeron de ella que era espigada, de ojos verdosos y andar satisfecho. Se casó con un joven de su mismo pueblo, Daniel, y enseguida tuvieron un hijo, Victoriano, y un poco más tarde una hija, Ceferina. Al cabo de algún tiempo, Daniel decidió marchar a la Argentina a hacer fortuna y prometió a su esposa que en cuanto pudiera le mandaría los pasajes para ella y los hijos.

Y partió.

Pasó un tiempo sin saber del marido —nadie supo decirme cuánto—, pero un buen día Clara recibió una carta con aquellos billetes. Y a la par que alegría, empezó a sentir un miedo atroz: la Argentina estaba demasiado lejos, del viaje por mar decían que era peligroso y larguísimo..., el pueblo al menos era un lugar seguro.

Y los rompió y lloró, y no se fue. Y de Daniel nunca más se supo.

Pasaron muchos años y Clara se fue a vivir a Peñausende, vecino a Mayalde, y allí conoció a Bernardo. Al no ser ni viuda, ni casada, ni soltera, ni nada, se fueron simplemente a vivir juntos y tuvieron un hijo, Desiderio, mi padre. Pero, como si de una maldición se tratase, Bernardo murió cuando el hijo apenas si contaba tres años.

1925, un pueblo perdido en Sayago, una mujer sin marido y con tres hijos de distintos padres... Me costó mucho tiempo darme cuenta de que mi padre era un hijo bastardo y de lo que ella debió acarrear a sus espaldas.

Mientras de amanecida Clara caminaba sus buenos seis kilómetros para trabajar la huerta que heredó de Bernardo, España bullía. En abril de 1923 se habían convocado elecciones generales de sufragio universal masculino; en septiembre del mismo año Miguel Primo de Rivera dio el golpe de Estado, y en 1925, en Marruecos, fue nombrado jefe del Tercio el coronel Francisco Franco Bahamonde.

Y Clara, no sé si ignorante o consciente del momento histórico, seguía recorriendo cada día el camino de la huerta y luego lo desahacía para ir a trabajar las dos tierras que Bernardo también le había dejado. No creo que tuviera mucho tiempo para los hijos, pero sí sé que envió a mi padre a la escuela del pueblo hasta los catorce años y que este nunca olvidó a su maestro, al que —nos contó— admiraba profundamente. Quizás por esto tenía tanto empeño en que sus dos hijos fuésemos maestros. Lo consiguió con mi hermano; yo, rebelde por lo visto como Clara, me negué.

Y siguió la vida y Clara debió hacer la vista gorda ante el hecho de que Victoriano, el hijo legítimo, casi dieciséis años mayor que Desiderio, lo tratase a patadas durante toda su infancia. Me lo confesó mi padre y además me dijo que no recordaba que su madre lo hubiera besado jamás. Y esas cosas se heredan —digo yo—, aunque no con los genes. Mi padre nunca supo abrazar ni dar besos ni a mi hermano ni a mí.

Victoriano se casó con Teresa y así comenzó esa rama de mi familia que yo apenas conocía y que no acabé de entender sino de adulta, cuando conseguí armar aquel puzle que era nuestro árbol genealógico, buscando, con mi prima Auri, en los libros del Ayuntamiento de Peñausende. Yo soy nieta de Clara y Auri, su bisnieta; somos primas en segundo grado. Auri es descendiente de Daniel, aquel que se fue a la Argentina, y yo de Bernardo. Ella buscaba, como yo, sus orígenes y llegó a encontrar documentos sobre su tatarabuela. Yo no llegué a tanto ni lo pretendía, yo buscaba el rastro de mi abuelo Bernardo y lo encontré.

Decía en su acta de defunción que era hijo de Basilio y Anica, ¡mis bisabuelos!, que había sido labrador (como san Isidro, pensé

tontamente en mi entusiasmo) y que había muerto de un asma cardíaco cuando tenía solo cincuenta y dos años. Lo más sorprendente es que, aunque convivía maritalmente con Clara —así lo dice el documento—, ¡estaba casado!, no habiendo tenido descendencia de esta unión. Me sentí casi orgullosa porque aquella pareja debía de quererse mucho para tener el valor de irse a vivir juntos en un pueblo pequeño, en los albores del siglo XX y con la mujer legal de mi abuelo viviendo en ese mismo pueblo, quizás unas pocas calles más allá de su casa. Y en el viaje a Peñausende, en busca de mis raíces, vi por fuera la casa donde vivieron y donde nació mi padre, y pude imaginarlos entre aquellas paredes que ya no eran las mismas. Y también recorrí con Clara el camino de la huerta; yo en coche, su fantasma, andando.

Desiderio vivió y murió sin saber nada de su padre ni supo que era hijo de un amor tan valiente. Su madre nunca le habló de Bernardo y es triste, porque habría sido reconfortante para él saberlo.

Pero quizás las cosas fueron muy distintas y yo solo esté interpretando la partitura que mi corazón quiere escuchar.

Auri y yo seguimos buscando en aquellos libros viejos y destartalados hasta marearnos y también encontramos entre aquellas páginas ajadas el acta de defunción de Victoriano, el hermanastro de mi padre. La secretaria del Ayuntamiento de Peñausende nos fotocopiaba lo que íbamos encontrando y la del Ayuntamiento de Mayalde encontró ¡el acta de matrimonio de Daniel y Clara!, lo que sacó a Daniel de un apollado y creo que inmerecido olvido familiar.

En este viaje visité una mañana la iglesia del pueblo donde debió ser bautizado mi padre, porque supongo que lo bautizarían. Al entrar me topé con el mueble portavelas presidido por una talla de la Virgen del Carmen, patrona del pueblo, y metí la moneda más grande que tenía, pensando en los que ya no estaban. Creo que se iluminaron veinte velas... Al acercarme a la pila bautismal, casi pude ver a un bebé recibiendo aquel agua y sentí una ternura inusitada por ese mi padre niño y por el adulto que sería después.

Ya fuera, en el atrio, me pareció que por las rendijas de las piedras centenarias asomaban los que ya se habían ido para tomar el sol y el aire casi helado de noviembre de aquel Peñausende de Sayago y hacernos un guiño.

A los 14 años, a mi padre lo mandaron a una casa de labor en algún lugar de la provincia de Salamanca donde lo deslomaban de sol a sol. Escapó a ese destino enrolándose en el Ejército y dando con sus huesos en León, donde conoció a mi madre. Ella me contó que el cura que había de casarlos esperó durante meses a que llegase la partida de nacimiento del novio, sin eso no los casaba. No los casaba hasta que un día mi madre se fue al sacerdote y le dijo: «O nos casa sin partida de nacimiento o nos arrejuntamos». Y el cura, ante semejante sindiós, los casó. Pero hay otra versión que mi prima Mari, memoria histórica de mi familia materna, me refirió cuando yo andaba indagando sobre mis abuelos en tierras de Zamora. Me contó, en una fructífera y sorprendente conversación telefónica, que la abuela Clara había conseguido una audiencia con el obispo de León, al que relató su historia —quién sabe qué le diría—, y que este habló con el párroco del pueblo, dándole permiso para casarlos. Y de paso también me habló de otro gran desconocido mío, mi abuelo Manuel, que también murió antes de nacer yo. Empezaba a llenarse otro gran agujero afectivo en mi corazón. ¡Tanta ausencia de abuelos!

Debía tener yo unos ocho años (los que llevaba muerta la abuela Clara) cuando mi padre, como Daniel, decidió emigrar para hacer fortuna. Esta vez el destino era Australia. Pero al enfrentarse con los trámites de emigración se topó con que no había ningún Desiderio con sus apellidos en los registros. Con el alma en vilo marchó al pueblo a buscar su pasado. Y no encontró rastro legal alguno de sí en ningún sitio. Como una paradoja, había ido a la mili y tenía carné de identidad. Misterios que Clara se llevó a la tumba.

Su partida de nacimiento, expedida a propia petición en 1963 (él nació en 1922), duerme hoy entre mis papeles como una reliquia, prueba legal inequívoca de que tuve un padre.

Cuando quiso retomar los trámites para lo de Australia, se había cerrado el plazo.

Una tarde, cumplidos yo los treinta y tantos y al volver de mi sesión de psicoanálisis, me senté a hablar con él al calor del brase-ro; no sé cómo empezamos, pero la conversación llegó a un punto álgido y mi padre me dijo: «Yo creo que es que mi madre no me quería», y sus ojos se pusieron vidriosos. Entonces entendí en profundidad su drama y cómo era de poco afectivo y de duro y ¡tantas cosas! Y sentí rabia contra aquella Clara.

Casi treinta años después, en un curso de Constelaciones Familiares, la entendí a ella; lo que debió de ser enfrentarse a su suerte en un pueblo pequeño y a principios del siglo pasado, enterrar casi a dos «maridos», parido tres hijos, uno de ellos bastardo, el trabajo durísimo, la vergüenza, la rabia..., y sentí que se llenaba en mi corazón un hueco vacío que desconocía.

Clara dejó el pueblo y se vino a vivir a Madrid con nosotros en 1955. Yo tenía seis meses cuando un anochecer de verano, sentada ella al fresco de la calle, «sufrió un repenté» Murió esa misma noche por una embolia cerebral.

Yo tuve una abuela, Clara, a la que no conocí, y en sus genes traía enredados los hilos de la enfermedad mental que pasaron a mí —por la línea de Bernardo— y a una bisnieta y una tataranieta —por la línea de Daniel—.

Mi padre, que debía parecerse a Bernardo, tenía el pelo muy ondulado y casi rubio, ojos ambarinos y complexión fuerte; no muy alto,

como la media de la época. A principios de la treintena le explotó una caldera de petróleo en la cara mientras trabajaba. Las quemaduras le dejaron en la piel un tinte viejo y oscurecido, y pocos meses después (apenas tenía yo un año), mientras me tenía en brazos, le di con la manita en el labio y sintió tal dolor que casi me tira por la ventana. Así me lo contó cuando ya era yo adulta. Por supuesto, acudió al médico y le diagnosticaron un cáncer en el labio, consecuencia sin duda de aquella terrible explosión. Le extirparon una pequeña parte del labio inferior y le pusieron agujas de radio que se llevaron la lesión para siempre y de paso también todos los dientes. Por las razones que fueran, el tratamiento, el estrés, la falta de dentadura, le quedó un trastorno funcional y grave de estómago. Recuerdo a mi padre comer solamente, durante años y años, puré de guisantes y pescadilla hervida, y a pesar de la dieta tan espartana vomitaba día sí, día no.

Diez años más tarde tuvo otro accidente, también en el trabajo. Al carro eléctrico con el que trabajaba le fallaron los frenos y chocó con una pared, teniendo un pie en medio. Tuvieron que amputarle el dedo gordo y le quedó una cojera no muy grande que hizo que sus compañeros le apodasen Pasos Lentos, apodo que a mí me hacía pensar en un jefe indio. Recuerdo que en los lejanos domingos de moto con sidecar y de Alberche —yo tendría diez años—, él no se bañaba y nunca se quitaba los calcetines. En cuanto a lo demás..., no era muy hablador, sonreía poco y no reía nunca. No recuerdo más que un abrazo suyo cuando yo tenía cinco años. Muy autoritario, creía con firmeza que su criterio era el único válido frente al resto del mundo y había en él una desconfianza en el prójimo y en la vida solo explicable a la luz de su historia. Trabajó como un burro —así lo decía y era cierto— para que mi hermano y yo tuviésemos acceso a los estudios secundarios en un medio social en el que pocos lo tenían y era un ahorrador compulsivo, signo inequívoco de la miseria que marcó su infancia y buena parte de su vida.

Estudiaba yo el cuarto curso de Medicina cuando murió Emilio, mi hermano, de un cáncer de pulmón. Era nueve años mayor que yo, estaba casado y tenía dos hijos pequeños de cinco y tres años. Vivía en Barcelona, donde ejercía de maestro en un pueblo cercano a la capital. En la Facultad nos explicaban el cáncer de pulmón y sus tipos mientras que a mi padre, que había viajado a Barcelona, le comunicaban el diagnóstico de la enfermedad de su hijo. Tenía el tipo más agresivo de todos. Yo quedé tan en *shock* que no pude volver a clase de pulmón el resto del curso.

Los síntomas empezaron en Navidad y en junio murió. Nadie debería morir de aquella manera. Iba en una ambulancia, aún vivo, a León, donde quería ser enterrado; decía que el cementerio del pueblo parecía, más que un cementerio, un jardín. Mi madre lo acompañaba. Mi padre, mi marido y yo recibimos la noticia en Madrid, a las tres de la madrugada e intentamos alcanzar a la ambulancia en un viaje acelerado Madrid-Barcelona donde recogimos a la mujer de mi hermano, poniendo luego rumbo a León. En tierras de Logroño, sobre las nueve de la mañana, vimos una ambulancia aparcada en la cuneta de la carretera. Eran ellos. Aparcamos delante y yo salí veloz a rescatar a mi madre. Su cara, blanca como la cal, indicaba lo que había pasado. Mi hermano, ya cadáver, yacía en la camilla de la ambulancia. Acordamos que el resto del viaje lo acompañaría yo y que mi madre iría con el resto de la familia. Y así se hizo.

Fue el viaje más largo y triste que he hecho en mi vida. Antes de ponernos en marcha me asomé a la parte de atrás para verlo. Parecía una hermosa estatua de mármol a la que un leve tinte amarillento confería una apariencia espectral. Me senté al lado del conductor y luego, durante años, me sentí culpable de no haber hecho aquel último viaje a su lado. Tenía miedo, no sé a qué, pero miedo. Y fui llorando sin parar hasta León y fumando también sin parar.

Emilio tenía treinta y cuatro años cuando falleció. Era un joven muy guapo y él lo sabía. Le gustaba la mecánica y era bueno para cualquier cosa que tuviera que ver con ella. Desmontaba aparatos

solo por el placer de descubrir cómo eran por dentro. Volvía a montarlos, funcionaban perfectamente y le sobraban piezas. También fabricaba con el mango de una cuchara y una lima la llave de arranque de la moto, una Lube que entonces tenía mi padre, para darse un garbeo, y nadie más que yo se enteraba. Pero mi padre se empeñó en que fuese maestro. Cuando acabó el Bachillerato elemental, encontró un trabajo en una oficina y empezó los estudios de Magisterio. Lo recuerdo bajo la luz del flexo haciendo sus tareas en unos cuadernos especiales con títulos a plumilla y tinta china, y dibujos con acuarelas; y yo, con seis o siete años, lo miraba asombrada y les cambiaba el agua a los pinceles. Tenía una mente prodigiosa; le bastaba con mirar una página o leer una vez las lecciones para recordarlo todo al dedillo. Con diecisiete años aprobó la oposición y lo destinaron a un pueblo perdido de Barcelona. Al llegar se encontró con un único niño en la escuela; los anteriores maestros (un matrimonio no recuerdo de dónde) estaban más tiempo ebrios que serenos —le dijeron—. Le dieron la casa del maestro, un caserón destartelado con un buen número de habitaciones, muchas de ellas con manchas de jugo de tomate en las paredes que sus predecesores habían decorado a golpe de escopeta. Él ocupaba solo una y en ella reunió todas sus pertenencias. A comer iba al bar del pueblo.

Al año de estar allí, la escuela volvía a estar llena y tenía cuarenta niños a su cargo.

Decían de él que era antipático, pero yo creo que era timidez. Solitario, apenas si tenía amigos, le gustaba la ciencia ficción y me contagió su gusto por Isaac Asimov. Era acuario, como yo, y venía a casa en vacaciones, al principio en tren, en aquellos trenes que tardaban en hacer el Barcelona-Madrid casi diez horas, y más adelante en la Vespa azul que heredó cuando nuestro padre se compró un seiscientos gris de segunda mano.

En el comedor de la planta baja de la casa de León se montó el velatorio. A veces se recuerdan cosas absurdas..., mi hermano había salido del hospital en pijama y sin zapatos y fue laborioso y casi cómico encontrarle unos de su medida..., vinieron mis amigos de Madrid y también mi suegra, y alguien contaba chistes sobre difuntos en el pasillo. Más allá de esto, solo recuerdo a cuatro amigos —con seguridad uno era Manolín— sosteniendo las cuerdas que bajaban el féretro.

Mi madre, Felicidad, nació en Santa Lucía, un pueblo minero del municipio de La Pola de Gordón, en la provincia de León. Sus padres, Ángela y Manuel, procedían seguramente de esa zona, pero no lo sé con seguridad. En algún momento emigraron a un pueblo muy cerca de la capital, Trobajo del Cerecedo, donde yo nací, y tuvieron seis hijos, dos niñas y cuatro niños. Manuel, el abuelo, era albañil y construyó una casa para algunos de esos hijos que aún está en pie. Un funesto día, mientras trabajaba en lo alto de la escalera de la vivienda, tuvo un accidente y se precipitó al vacío. Murió pocos días después. Tenía sesenta y tres años. Me contó mi prima Mari, que lo conoció, que era amoroso con los nietos, de buen carácter y, por lo que parecen reflejar las fotos que me mandó, seguro de sí mismo. Me gustan esas dos fotos, su mirada y su gesto —yo diría que un poco orgulloso— parecen mirar más allá de lo que se ve a simple vista.

Mi abuela Ángela, la única de los cuatro abuelos que conocí, no sabía leer ni escribir; era taciturna y poco habladora, y no le gustaban los niños. Iba siempre vestida de negro, con las sayas largas y fruncidas, mandilón y chambra y la camisilla. Y llevaba siempre una larga trenza gris que mi madre le recogía en un moñito en lo alto de la cabeza y que escondía luego bajo un pañolón también de color negro. «Voy a esparcirme un rato» —decía cuando salía a pasear por entre los trigales de los alrededores—. Solo tengo un

recuerdo grato de ella, una tarde en la que me llevó a esparcirme también por aquellos campos y a coger amapolas para hacer un ramo. Cuando mi madre vio mi vestido, lleno de manchas y llenos los bolsillos de capullos de amapolas... a mí me tuvo castigada dos días, a la abuela no sé.

A mi madre, la abuelita Feliz (así la llamaban mis sobrinos), la querían todos, familia y vecinos. Era alegre y sociable, pizpireta sería la palabra que mejor la definiría; pequeña y con un número de pie tan de niña que comprar zapatos suponía para ella una tortura. En el pueblo la llamaban «la chata» porque tenía una naricilla pequeña en armonía con su estatura, que era poca. Solía encontrar soluciones para todo lo cotidiano y desde que yo recuerdo se dedicaba a coser para la calle y lo hacía muy bien. Más que hacer un patrón, lo dibujaba en la tela y nunca fallaba.

Cuando era pequeña, su maestra habló con la abuela Ángela y le propuso llevar a Felicidad a una escuela de arte, pero la abuela se echó las manos a la cabeza y dijo que no. Mi cuaderno de ciencias de cuarto de bachiller estaba lleno de sus dibujos.

Había sido una niña muy inteligente que solo pudo estudiar en la escuela del pueblo un corto espacio de tiempo y por la noche. Sabía leer y escribir, las cuatro reglas y ya. Le gustaba leer y también las novelas de la radio. Las escuchaba mientras cosía y, si tenía que ausentarse por algo, me dejaba a mí sentada al lado de aquel Telefunken que sobrevivió medio siglo, para que luego se las contase y no perder comba.

Recuerdo que, durante parte de mi infancia, mi padre trabajaba de noche algunos sábados y entonces yo dormía con ella. Me contaba cuentos, cuentos que no eran al uso, nacidos seguramente en las montañas y valles leoneses... Yo la escuchaba embelesada. Era estupenda contando, más que buena, excelente.

Me apoyaba hasta donde podía con un «que no se entere tu padre» y así pude hacer algunas cosas, desde llevar minifalda hasta comprar algunos de los carísimos libros de Medicina.

Pero bajo aquella alegría llevaba enterrada una tristeza que me confesó poco antes de morir y de la que no voy a hablar porque es y será siempre un secreto entre las dos, una pieza importante del puzle de mi historia familiar.

Y se fue a los sesenta años, demasiado pronto, detrás de mi hermano, por un cáncer que la trató sin ninguna piedad. Yo solo tenía veintisiete. Me enfadé con ella, aun estando muerta, por eso, por haberse ido con su hijo cuando yo la necesitaba tanto. Y estuve enfadada no sé cuántos años solo para no sentir aquella ausencia terrible. Mi hija había nacido cuatro meses antes de que ella muriera, tiempo que viví en un estar de una a otra, para al fin quedarme con la sensación de no haber estado de verdad con ninguna.

Ingresada en el mismo hospital donde yo estudiaba ya el quinto de Medicina, la operaron de modo paliativo y entré al quirófano con ella. Nunca lo hubiese hecho, tardé en suavizar aquellas imágenes mucho, mucho tiempo. Días después, el médico nos dijo que, si queríamos que no muriese en el hospital, nos la llevásemos ya. Y allá fuimos en otra ambulancia, esta vez yo con ella, destino a León. «¿Vamos a León porque me voy a morir?» —me preguntaba—. Y yo mentía con un «no, mamá, te vas a poner bien». Nunca le hablamos de cáncer, tampoco a mi hermano. Para que no sufrieran. Y ellos tampoco dijeron nada, para que no sufriésemos, y así todos nos quedamos sin poder compartir sentimientos ni hacer despedidas.

Después, durante años, cada vez que oía la sirena de una ambulancia se me ponía el corazón a mil por hora y el vello de punta, y se me llenaban los ojos de lágrimas. Luego pasó, no sé cómo ni cuándo fue, pero pasó.

Anulé el quinto curso en el que me había matriculado y al que apenas si había asistido a media docena de clases y dediqué aquel tiempo a cuidar de mi bebé e intentar recuperarme.

No lo conseguí, pero al año siguiente me matriculé de nuevo en aquel curso. Cada vez que entraba en el hospital se me desbordaba el corazón. Pensé dejar la carrera una y otra vez, pero había una voz machacona dentro: «Si dejas ahora la carrera, te arrepentirás el resto de tu vida». Quizás habría sido mejor haberlo hecho, pero no lo hice y ya no hay lugar para arrepentimientos. Pedí el traslado al Hospital Militar Gómez Ulla, que estaba limpio de recuerdos dolorosos y que me quedaba cerca de casa.

En la Facultad perdieron mi petición de traslado y me dijeron que hablase con el jefe de Estudios del Gómez Ulla, don Justo se llamaba, lo recuerdo aún. Era septiembre, tiempo todavía de vacaciones lectivas, y la jefa de su secretaría me dijo que solía venir algunos días por la mañana, que intentase encontrarme con él. Si don Justo daba el visto bueno, me concederían el traslado. Pasé un mes entero esperándolo cada mañana hasta que un buen día apareció. La jefa de la secretaría me indicó que era él. Iba con otro caballero. Me acerqué tímida y lo abordé empezando a contarle mi problema. Me interrumpió muy amablemente y dijo que en ese momento no tenía tiempo y sin más se alejó con su acompañante. Me vine abajo un larguísimo minuto, tras el que me dirigí a la secretaría.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó la secretaria.

—Que sí —contesté yo firmemente.

Y sin más se gestionó mi expediente y tras tres años me licencié en Medicina y Cirugía por ese hospital militar.

Hasta los catorce años yo quise ser periodista, como Mary Noticias, la heroína de unos tebeos que leía desde pequeña. Mary viajaba por todo el mundo, tenía aventuras, un novio abogado y un amigo misterioso que la sacaba de todos los líos en los que se metía, uno en cada tebeo. Algo debió de pasarme porque a los dieciséis mi vocación cambió por completo y decidí que quería ser

médico. Lo dije en casa, pero no encontré el apoyo que necesitaba. Ir a la universidad costaba muy caro y, además, mi padre pensaba que una mujer tenía que conformarse con un trabajo de secretaria y cuidar de su marido. Creo que hubiera estado dispuesto a pagar la carrera de Magisterio, que solo eran tres años, pero no la de médico, que eran seis.

Aquello me mantuvo en un estado semidepresivo durante más de un año, tiempo en el que estuve estudiando todo lo necesario para acceder a un trabajo de secretaria. En este intervalo, más cerca de los quince que de los dieciséis, me eché novio y esto me hizo olvidar casi por completo mi melancolía. Guateques, besos en los portales y correr a escondernos si divisábamos a mi padre en el horizonte. Por aquel entonces, hasta ir agarrados de la mano por la calle estaba mal visto. Teníamos una panda fantástica y la mayoría acabamos formando parte de un grupo de monitores de campamentos. Cada año elegíamos un lugar al que ir, siempre en acampada libre; pedíamos los permisos pertinentes a propietarios o ayuntamientos y se hacía un estudio de aguas bajo la supervisión del Ministerio de Sanidad. Llegado el verano y en uno o dos autocares, nos presentábamos en el lugar elegido y plantábamos nuestras tiendas de campaña; se hacían las letrinas y se montaba una cocina a base de piedras que quedaba a cargo de José, un fraile cocinero que era capaz de cocinar de maravilla para los setenta que a veces éramos. Los chavales lo adoraban. El grupo lo formábamos aquel inolvidable fraile, siete u ocho monitores, un cura de ideas más de la teología de la liberación que de otra cosa y entre cuarenta a setenta chavales desde los siete a los dieciocho años. Siempre cerca de un río donde poder bañarnos y no lejos de un pueblo para comprar los víveres y, por supuesto, con un médico cerca. Cuarenta años después aún evocamos con cariño y un mucho de nostalgia aquellas aventuras.

Aún recuerdo el billón de estrellas reflejándose en el agua del río Dulce, en La Cabrera de Guadalajara, nunca han estado tan cerca...

Seguí preparándome para un trabajo de secretaria y al día siguiente de cumplir los dieciocho me examiné para un puesto en el Ejército, el mismo lugar en que mi padre trabajaba como civil. Y aprobé. Cada mañana me iba en el coche con mi padre y desde el aparcamiento caminaba a la Secretaría del jefe de la Maestranza de Cuatro Vientos, un coronel autoritario con aspecto imponente al que le fastidiaba sobremanera que yo le contestase con un «vale» cuando me encargaba algo. «Dígame sí, o de acuerdo, o sí, coronel, o sí, señor, pero no me conteste vale». A más intentaba yo evitar aquella maldita palabra, más —en mi nerviosismo— la decía. Pero por suerte para los dos y no tardando mucho, ascendió a general y vino a ocupar su puesto un coronel bajito que me dictaba las cartas con su pronunciado acento catalán y un lápiz en la boca. No contento con esto, le molestaba tremendamente que yo fuese en vaqueros y así se lo hizo saber al capitán de personal para que me lo transmitiese. Al día siguiente me vestí a lo Marilyn versión secretaria y ahora le dijo al capitán de personal que tampoco hacía falta tanto y que me lo transmitiese.

Empezaba a trabajar a las siete y media de la mañana y salía a las seis y media de la tarde, con un intervalo de dos horas para comer si no recuerdo mal. No tardé mucho en decirle a mi padre que iba a continuar mis estudios, quería hacer COU. Le cayó mal, como era de esperar, pero ahora ya no podía alegar que no había dinero, yo aportaba mi sueldo completo a la economía de la familia y me sentía con el derecho de dedicar una parte a costear mis estudios. No le quedó más remedio. Y empecé el COU a la vez que mi novio, que también se matriculó en este curso, pero en otro grupo distinto. Entrábamos a las siete y media de la tarde y acabábamos a las diez y media. Mis notas fueron ese año las mejores que he tenido jamás. Sin duda, una motivación muy fuerte me empujaba: la Facultad de Medicina me estaba esperando.

Y así fue. Hice el duro examen de entrada en Medicina (al año siguiente se estableció la selectividad) y ¡aprobé!, ¡me habían ad-

mitido! Fui a ver el tablón de anuncios cuatro veces, no lo podía creer. Poco antes de empezar el curso dejé el trabajo de las tardes, que era opcional, y me matriculé en primero de Medicina. Elegí el turno de tarde, claro. Empezaba a las tres y media y volaba desde Moncloa, donde me dejaba el autocar del trabajo, a la facultad, con un sándwich a medio masticar en la mano. Iba siempre en vaqueros (me cambiaba cuando acababa el trabajo) porque llegaba cuando casi empezaba la clase y ya no había sitio en las sillas de aquella aula magna y quedaba solo sitio en la escalera. Creo que aquel curso éramos dos mil los matriculados, en dos grupos. A las nueve y media se acababan las clases. Tras una hora de camino, llegaba a casa. Mi padre, que se levantaba muy temprano, ya estaba acostado para entonces y mi madre me esperaba viendo la tele y con la cena caliente. Si pasé por desilusiones, dificultades y corrí delante de los grises no dije nada, solo hubiera obtenido una respuesta: «¡Déjalo!».

Aún en primero de carrera, mi padre, autoritario como siempre, me convenció para que preparase las oposiciones para funcionario. Tanta lata me dio que me puse a ello. Las aprobé. Esas estúpidas paradojas de la vida, suspendí la estadística de primero de carrera que había estado estudiando sin parar todo el verano y aprobé la oposición a Ministerios Militares. Hice las prácticas en el mismo organismo en el que estaba y tras dos o tres meses pasé a ser funcionario del Estado. Creo que ganaba menos que de personal laboral, pero era «un trabajo fijo para toda la vida», argumento que había esgrimido mi padre una y otra vez para convencerme.

Y pasó el tiempo entre hacer de secretaria, estudiar Medicina y tener novio. A los veintidós años me casé con él y cuando las clases en la Facultad pasaron a ser obligatoriamente de mañana, pedí la excedencia en el trabajo.

A los veintisiete llegó Julia.

Nació en el Hospital Militar Gómez Ulla después de un larguísimo parto que acabó en cesárea. Maternidad estaba ubicada en la parte vieja del hospital, mientras que Pediatría lo estaba en la

nueva, por lo que Julia (que tuvo que ir a la incubadora) y yo no nos conocimos hasta el tercer día de su nacimiento. Dos soldaditos la trajeron a mi habitación en una incubadora, agarrando por las asas uno a cada lado. Extraña forma de conocer a un hijo. Nada más tenerla en mis brazos me prendé de ella para siempre y sé que a ella también le gusté yo. Un par de meses más tarde, mientras le daba el pecho y las lágrimas rodaban por mi cara pensando en mi madre que se moría, sentí que no podía ser bueno para mi bebé que yo llorase mientras ella mamaba, como si pudiese transmitirle mi tristeza por la leche... Fue la última vez que pude darle de mamar, la leche se retiró sin más.